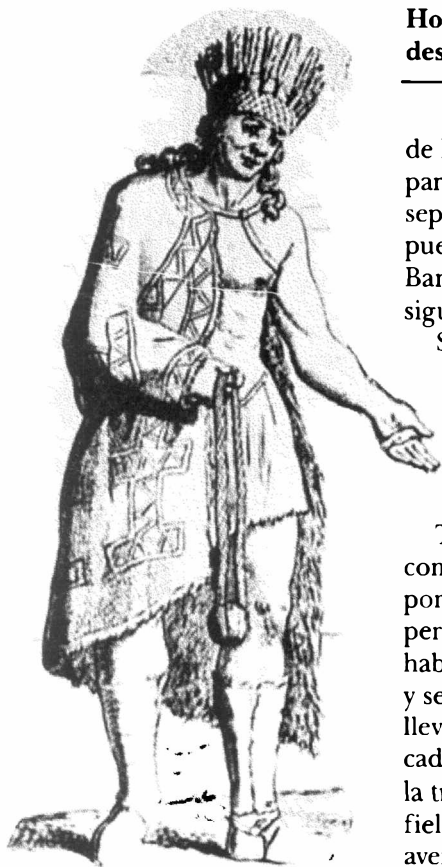


NI GIGANTES NI PATAGONES: AÓNIKENK

Desde el siglo XVI y hasta mediados del XVIII, la creencia de que ignotos paisajes del sur de América eran habitados por salvajes de más de dos metros de altura fue acrecentándose. Aventura, fantasía y cierto temor incitante, constituyeron los ingredientes suficientes y necesarios para conformar el mito.



Hombres desmesurados

La flota de Hernando de Magallanes había partido el 20 de septiembre de 1519 del puerto de Sanlúcar de Barrameda (Cádiz), siguiendo el derrotero de Solís en pos del descubrimiento del paso del Mar del Sur. Un italiano que integraba la tripulación de la nao Trinidad, conocido como Antonio Lombardo por ser de Lombardía, pero que en realidad había nacido en Vicenza y se apellidaba Pigafetta, llevaba precisa cuenta de cada acontecimiento de la travesía. Era, pues, el fiel cronista de la aventura marítima de

aquel portugués que, a lo largo de tres borrascosos años, recorrería las costas de Río de Janeiro, contemplaría el cerro de Montevideo al cual llamó Monte Vide y proseguiría hacia el sur del río Deseado hasta el Cabo de San Julián para arribar, en 1520, al Cabo de las Once Mil Vírgenes (hoy Cabo Vírgenes) y doblar el estrecho que llamó Madre de Dios. A salvo en aguas del Pacífico, Magallanes llegaría a Filipinas, donde hallaría cruel muerte a manos de los nativos. Sebastián Elcano, al mando de la nao Victoria, completaría la proeza de regresar a España probando la redondez de la tierra. De todo ello dejó prolija relación A. Pigafetta,

Caballero de la Orden de Rodas, en su libro titulado *Relazione del primo viaggio intorno al mondo*, publicado por primera vez en 1522.

A fines de marzo de 1520 la flota arriba a las costas de la actual Bahía de San Julián, en la provincia de Santa Cruz, y se detiene por dos meses, dispuesta a invernar. Allí, Pigafetta presencia el primer encuentro con un nativo: *...un día cuando menos lo esperábamos vimos un gigante que estaba al borde del mar casi desnudo y bailaba, saltaba y cantaba, y al mismo tiempo se echaba arena y polvo sobre la cabeza...* Azorado, el cronista asegura que *... era tan alto que con la cabeza apenas le*



Marinero dando una galleta a una india patagónica. Grabado incluido en la relación del viaje de John Byron (1767).

llegábamos a la cintura... Agregando que el capitán (Magallanes) llamó a esta gente *Patagoni*. El relato de Pigafetta, escrito en italiano, fue traducido años más tarde al francés y este vocablo fue cambiado por *Patagons*.

Aquí principia la leyenda. ¿Qué quiso decir Magallanes? La hipótesis más aceptada es que, al contemplar las huellas dejadas sobre la nieve por los habitantes de aquel paraje y dado su tamaño, *patagón* aludía a pies grandes o patones. En portugués, Magallanes habría dicho *pata gao* (pie grande) o tal vez *pata cao* (pata de perro), refiriéndose al aspecto de

los pies de estos nativos, dada la costumbre de usar calzado de piel de guanaco para protegerse del frío. Pero cabe, asimismo, la posibilidad de que haya dicho *patao*, que significa patán, debido al aspecto rústico, zafio, de aquellos hombres.

Seis años después

Seis años más tarde la leyenda sumaría otro elemento. Las continuas disputas entre España y Portugal por las posesiones marítimas descubiertas en las Indias Occidentales llevaron a Carlos V, monarca español, a enviar una nueva expedición que, siguiendo la ruta de Magallanes y el derrotero final de Sebastián Elcano, diese otra vuelta al mundo y afirmase la soberanía de España sobre el Pacífico, islas y tierra firme. Al mando de frey García Jofre de Loayza, de la Orden de San Juan, y nuevamente con Sebastián Elcano como piloto mayor y guía, la armada zarpó de La Coruña el 24 de junio de 1525. Arribaron a las costas del Brasil, luego hasta el río Santa Cruz y el Cabo de las Once Mil Vírgenes, ya en el Estrecho.

Al llegar allí, algunas naves se perdieron a causa de un temporal. A bordo del patache

Santiago, el clérigo Juan de Areizaga y otros compañeros emprendieron la búsqueda de los buques extraviados. Al desembarcar en la Bahía de la Victoria se encontraron en el litoral con los patagones a los que el clérigo describió, según lo refiere posteriormente el cronista Fernández de Oviedo y Valdés, como *hombres de trece palmos de altura*, o sea aproximadamente de 2,60 metros de altura.

La leyenda agregaba, a los "pies grandes" una descomunal estatura. Era lógico suponer que tan grandes pies correspondieran a gigantes, de donde para fines de aquel siglo se daba por hecho que aquellos confines de las Indias estaban habitados por gentes bárbaras, gigantescas y patonas. Y la fantasía seguía alimentándose de incautos. Hallazgos hechos por navegantes holandeses daban cuenta de la existencia de descomunales esqueletos de hombres que, vivos, habrían llegado a medir hasta tres metros de altura. La cartografía de la época denominaba a la región al sur del paralelo 46 Tierra o País de los Gigantes, Patagonia. Y los grabados, aun hasta el siglo XVIII, reproducían escenas en

ADHESIÓN

Tintorería Hinomoto

Avda. 44 esq. 8, Tel.(0221) 421-4744, 1900 La Plata



Trueque de productos entre un europeo e indígenas. Grabado de Don Pernetty, segunda mitad del siglo XVIII.

las que los españoles apenas les llegaban a la cintura a hombres y mujeres patagones.

Pathagon de Primaleón

Otra versión, no menos fantástica, alude al hecho de que siendo el siglo XVI época por excelencia de las novelas de caballería, el término patagón habría derivado del vocablo *Pathagon*, nombre del personaje de la novela *Primaleón*, editada en Salamanca en 1512, y cuyas proporciones desmesuradas y aspecto terrorífico y salvaje (que incluía cabeza de perro) habrían inspirado al navegante portugués al bautizar a estas gentes con tal gentilicio por sus similitudes físicas.

En cuanto al mito del gigantismo de este grupo indígena, los siglos XVIII y XIX congregaron a muchos estudiosos que decidieron refutarlo.

Bougainville, Darwin, Musters, entre otros, establecieron que la altura media de los hombres era de 1,75 a 1,80 metros, pudiendo alcanzar hasta 1,85 y 2 metros. Mientras que las mujeres poseían una estatura media de 1,69 y una media máxima de 1,80 metros. Un pueblo, sin duda, de elevada estatura frente a europeos, particularmente españoles, cuya altura promediaba 1,70 metros.

Sabemos hoy que aquellos hombres que describió A. Pigafetta constituían una etnia, grupo humano que compartía una lengua llamada aónikoaish, una tradición, un modo particular de vida caracterizado por la caza de guanacos y la recolección de frutos, al sur del río Deseado y hasta los Canales Fueguinos. Y que se autodenominaban Aónikenk, que en su lengua significaba "gente del sur" y no Tehuelches, como lo ha querido la tradición histórica y etnográfica, vocablo éste de la lengua mapuche (*Cheuilche*) que hacía referencia a "gente brava, gente esquiva".

Sabemos que eran altos, de físico robusto pero no gigantes.

Lo que no sabemos es qué quiso decir realmente Magallanes, en su lengua, cuando los nombró patagones: ¿pies grandes?, ¿patanes?, ¿monstruos con cabeza de perro?

Probablemente nunca lo sabremos. Esa incertidumbre ha sido, y sigue siendo, lo que hace de los mitos y leyendas una eterna posibilidad...

LAI



Oficial inglés obsequiando cuentas de collares a un indígena. Grabado incluido en la relación del viaje de Byron (1767).

Lecturas sugeridas

Abad de Santillán, D. 1969. Historia Argentina. Tomo 1. TEA. Buenos Aires.

Martínez, B. 1893. Cartografía Histórica de la República Argentina. Primera Parte. Talleres del Museo de La Plata.

Martín Beros, M. 1995. Los Aónikenk. Historia y Cultura. Ediciones de Universidad de Magallanes. Punta Arenas. Chile.